

¿Qué objeto tiene?

(Jueces 3)

En Jueces 3, el escritor comienza a agregarle historias concretas al bosquejo de la vorágine descendente que trazó en el capítulo 2. Todo dio comienzo con la aceptación de la cultura cananea, por parte de Israel, con la celebración de matrimonios mixtos con los pueblos de la tierra, y con la devoción de ellos a los dioses paganos (3.6).

OTONIEL

Cuando Israel olvidó a su Dios, y les sirvió a los baales y a las imágenes de Asera, Él se llenó de ira contra Su pueblo, y los entregó en mano del rey Cusan-risataim. Al igual que la mayoría de los conflictos narrados en Jueces, éste no incluyó a la totalidad de la nación de Israel. Más bien tuvo características de guerra fronteriza, con repercusiones a nivel regional solamente. Cusan-risataim era rey de una ciudad estado, que se encontraba al noroeste de Mesopotamia, un rey que estaba procurando extender su dominio sobre sus vecinos del sur. Los israelitas estuvieron bajo el dominio de este pueblo por ocho años; hasta que el Señor le envió a Israel su primer juez, ¡un líder llamado Otoniel!

Otoniel, un pariente de Caleb, llegó a ser juez cuando «el Espíritu de Jehová vino sobre él» (3.10). La palabra 'juez', se refería, en este caso, a un líder militar primordialmente; uno cuya misión era echar a los opresores de Israel. Después de que Otoniel derrotó al rey Cusan-risataim, la tierra reposó cuarenta años.

AOD

Como la forma de ser de Israel, no le permitía tener paz por mucho tiempo sin olvidar a Dios,

ellos volvieron otra vez a andar en los malos caminos de los habitantes de la tierra, y esto llenó de ira al Señor nuevamente (3.12). Esta vez Dios dejó que Moab, una nación que estaba al este del Mar Muerto, los dominara. Juntamente con los amonitas y los amalecitas, Eglón, rey de Moab, atacó a Israel y conquistó Jericó, la ciudad de las palmeras. Estando en este puesto de avanzada, pudo oprimir al pueblo de Israel durante dieciocho años. Una vez más, Israel clama al Señor por la liberación, y Él levanta a otro juez para que los libre. Esta vez fue Aod, un benjamita zurdo, quien secretamente se ceñía un puñal de dos filos a su lado derecho. Aod fue escogido para entregarle el tributo de Israel a Eglón, y aprovechó la oportunidad para arrojar a los moabitas.

El relato bíblico menciona dos veces que Eglón era un hombre muy grueso (3.17, 22), lo cual, en este contexto, es un detalle más que cosmético. Cuando algunas personas ven la gordura, ellas piensan en dietas, comidas integrales, ejercicios y dominio propio. Cuando Aod observó la gordura de Eglón, él vio algo muy diferente. Es probable que fuera algo muy parecido a lo que una abuela de noventa y ocho años me dice, cada vez que la voy a visitar. Cuando estoy pasando por el umbral de la puerta, siempre me recibe con una radiante sonrisa y el más tierno abrazo que se puede imaginar. Luego me retira a la distancia de un brazo y casi siempre me dice: «¡Bruce, te estás poniendo tan gordo como un cerdo!». Déjeme explicarle que no es de cualquiera que recibo tal clase de comentarios; pero cuando se trata de Mamaw la cosa cambia. Entiendo lo que me está tratando de decir: «Te ves saludable. Debes de

estar alimentándote bien y durmiendo bien, y no pareces haber estado enfermo últimamente». La gordura es, para ella, una señal de prosperidad.

La anterior es también la idea de gordura que percibí hace varios años, cuando mi familia y yo vivimos en Kenya, África del Este. Un día le pregunté a un joven acerca de una chica a quien él conocía, y me la describió como una «joven gruesa». Me llené de curiosidad por saber si «gorda» significaba atractiva o no atractiva a sus ojos, y le pregunté qué significaba tal palabra. Esto fue lo que contestó: «Oh, significa que sus padres tienen mucho dinero». Nuevamente, «gordo» era una señal de bienestar. Fue a través de esos ojos que Aod vio a Eglón. Su gordura era repugnante; pues en ella Aod vio la pobreza de Israel. Los niños de su tierra se estaban muriendo de hambre para poder alimentar a este sobrealimentado rey de Moab. Durante dieciocho años se había estado dando un festín con Israel, y ¡Aod decidió que era hora de detenerlo!

Aod le entregó el tributo a Eglón en Jericó, del mismo modo que otros lo habían hecho durante dieciocho años. Luego salió. Una vez que sus ayudantes estuvieron camino a casa, Aod se devolvió a Jericó, y le dijo al rey Eglón: «Rey, una palabra secreta tengo que decirte» (3.19). Fascinado por esto, Eglón hizo salir a sus ayudantes de la sala. «Tengo palabra de Dios para ti», continuó diciéndole Aod. El rey, lleno de curiosidad, se levantó de su silla. Aod hábilmente tomó con su mano izquierda el puñal que traía oculto; y antes de que el rey tuviera la más mínima sospecha de estar siendo traicionado, Aod hundió toda la hoja de cuarenta y cinco centímetros, en el vientre de aquel abotagado monarca. El texto describe gráficamente que «la empuñadura entró también tras la hoja» (3.22). Como el rey había hecho salir a sus siervos, Aod pudo escapar. Después de cerrar tras sí las puertas, pudo alejarse varios kilómetros, antes de que el cuerpo sin vida de Eglón fuera descubierto. Creyendo que el amo de ellos «cubría sus pies»,¹ los guardas no se atrevieron a entrar en la sala por largo tiempo. La espera de ellos le dio tiempo a Aod, de escapar al monte de Efraín. Una vez allí, tocó el cuerno, el llamado de los jueces a la batalla, y reunió un ejército para convertir su pequeña victoria en un triunfo mucho más grande. Como el liderazgo de los moabitas había entrado en confusión a raíz del asesinato de su rey, los israelitas pudieron tomar los vados del río Jordán, para impedir así la fuga de

¹ N. del T.: Esta expresión significa «hacer del cuerpo».

los ellos. Ese día mataron diez mil de los mejores guerreros de Moab. Israel fue librado, y «reposó la tierra ochenta años»(3.30).

SAMGAR

El tercer libertador que se menciona en el capítulo 3, es Samgar. Éste salvó a Israel de la amenaza de los filisteos, el pueblo costero que constantemente asediaba la frontera sudoeste de Israel. Estos pueblos, cuyo protagonismo es más prominente en las historias que se relatan más adelante acerca de Sansón y de David, eran tanto atormentadores, como tentadores de Israel. A Samgar se le conoce solamente por su heroico acto de matar a seiscientos filisteos con una vara, en cuyo extremo había una punta de metal. Sencillamente se declara que «él también salvó a Israel» (3.31).

INSTRUCCIÓN Y ELECCIÓN

Hace varios años, cuando hacía planes para predicar sermones basados en el libro de Jueces, varios amigos me hicieron esta sencilla pregunta: «¿Por qué?». ¿Por qué hablar de todos estos sangrientos episodios de intriga, asesinato y destrucción? ¿Por qué vérselas con los caracteres, a menudo impíos, que se describen en el texto? ¿Por qué despediciar el tiempo de una iglesia estadounidense de la actualidad, volviendo a contar acerca de derramamientos de sangre del Israel de la antigüedad? ¿Qué sentido tiene todo esto? Tales preguntas, por lo menos en lo que concierne a este capítulo, son fáciles de responder, pues ¡el texto mismo da una clara explicación!

Al comienzo del capítulo 3, se nos dan dos razones para las historias que siguen. La primera es que Dios consideró necesario que «el linaje de los hijos de Israel conociese la guerra» (3.2). Esta Tierra de Promisión era un lugar peligroso, y los israelitas tenían poca experiencia que los preparara para lo que vendría después. Antes del tiempo de Moisés, habían sido esclavos, y hasta ahora, la experiencia militar de ellos era escasa. Las batallas que habían peleado bajo el liderazgo de Otoniel, Aod y Samgar, estaban preparándolos para las más grandes batallas que vendrían después. La preparación que hace Dios de Israel, me recuerda el comentario que hizo Max Lucado acerca de la manera como Dios nos instruye: «Puede ser que Dios nos haga ir a través de una tormenta a la edad de treinta, para poder resistir un huracán a la edad de sesenta».²

² Max Lucado, *On The Anvil (Sobre el yunque)* (Wheaton, Ill.: Tyndale House Publishers, 1985), 50.

La segunda razón que se da en el capítulo 3, para las historias de Jueces, es que Dios estaba probando la lealtad de Israel, «para saber si obedecerían a los mandamientos de Jehová» (3.4). Dios no sólo les dio a sus criaturas libre albedrío, sino que también les proporcionó un mundo, en el cual Él no es la única elección que pueden hacer. Un antiguo relato que se cuenta, dice que cuando estaban Adán y Eva en el huerto, aparentemente, ya habían transcurrido muchos días desde que Eva había oído el último «Te amo» de labios de Adán; un día, por fin ella le preguntó: «Adán, ¿me amas?». Pero todavía no hubo respuesta. No quedándole otro recurso, casi gritando, interpeló: «Adán, ¿me amas?». Adán se volvió, y preguntó con sarcasmo: «Bueno, ¿y a quién más voy a amar?». Adán bien pudo no haber tenido elección, pero Israel sí la tenía. Dios quería saber si lo elegirían a Él o a los dioses de la tierra.

UNA RAZÓN MÁS IMPORTANTE

Las dos razones que se dan en el texto, para las luchas de Israel, nos abren los ojos a algo que es terriblemente difícil de ver en nuestras propias vidas, especialmente hoy día. En una era obsesionada con la comodidad, casi no tenemos tolerancia para el dolor. Jueces contribuye a recordarnos que *Dios tiene intereses más importantes que el vernos libres de dolor; el más grande interés de Dios es la salvación de Su pueblo.*

¿Le importa a Dios nuestro dolor? ¡Sí, desde luego! ¿Siente Él nuestro dolor? ¡Puede contar con ello! ¿Dónde está Él, cuando estamos sufriendo dolor? Está cerca, sintiendo cada herida y derramando cada lágrima. ¿Nos libraré del dolor? A veces. Algunas veces nos libraré del dolor, y otras, ¡nos libraré *por medio* del mismo dolor!

¿Qué tal si Dios no hubiera disciplinado a Israel enviando opresores, cuando Israel le volvía la espalda al Señor? ¿Se habrían restaurado? Es probable que no. En ellos podemos empezar a vislumbrar por qué *Dios tiene intereses más importantes que el vernos libres de dolor; el más grande interés de Dios es la salvación de Su pueblo.*

LA DISCIPLINA DE DIOS

El escritor de Hebreos, en el Nuevo Testamento, trató esta misma idea. En «La galería de ciudadanos ilustres» del capítulo 11, escribió: «¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, [...]» (Hebreos 11.32). ¡Esta es una lista de jueces! Los usó como modelos de fe, para escribir sobre la necesidad de perseverar a través del dolor, tal

como lo ejemplificó Jesús, cuando fue a la cruz (Hebreos 12.2). Luego, después de citar Proverbios 3.11–12, el autor de Hebreos escribió un párrafo que bien podría servir de pie de página para el tercer capítulo de Jueces:

Hebreos 12.7–11

Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, [el Padre celestial nos disciplina] para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.

El escritor de Hebreos no estaba procurando explicar la causa de *todo* el sufrimiento y el dolor. No obstante, aquí se da a conocer una verdad, y es que *Dios tiene intereses más importantes que el vernos libres de dolor; el más grande interés de Dios es la salvación de Su pueblo.*

¿Cómo podremos entender este aspecto de nuestra relación con Dios? Cualquier ilustración que se intente hacer de esta verdad, resultará tosca y lamentablemente insuficiente; pero tal vez se pueda comparar con la experiencia de llevar a un niño al consultorio del médico, para que lo vacunen. Tuve la anterior experiencia con, al menos, una de nuestras hijas (sucedió antes de que yo aprendiera a inventarle excusas inteligentes para evadir aquellas temibles inyecciones). Es un drama angustiante. Hasta el momento en que se lleva a la niña a la sala de espera, todo marcha bien. Como no sospecha de nada, ella sonríe y se ríe y no da muestra alguna de temor. La enfermera llama por nombre a la niña, y los padres la llevan al cubículo de examen. Todavía no manifiesta preocupación alguna la niña; la mamá y el papá están allí, y todo marcha bien en el universo. El médico entra, chequea a la niña, ordena que la vacunen y abandona el cubículo. (¡Cuando se trata de inyecciones, los médicos son iguales de cobardes a los padres!) La enfermera frota la piernita de la niña con un algodón empapado en alcohol; y hasta ese momento no hay temor. Saca la medicina de su recipiente, toma la pierna; la niña todavía sonríe. Luego, el inevitable momento llega. La aguja se

hunde en el suave músculo de su piernita, y la sonrisa se convierte en estupor, el estupor en dolor, y el dolor en un grito que aterroriza a todos los que están en la sala de espera. Para ese momento, la niña no es la única que tiene lágrimas en su rostro. El padre, la madre y la enfermera lloran todos de compasión por el dolor de la niña. Yo no sé lo que los pequeñitos pueden estar pensando en momentos como éste; pero sí sé lo que vi en los ojos llenos de lágrimas, de mi hija. Vi una mirada que preguntaba: «¿Por qué me traicionaste? ¿Cómo podías lastimarme de esta manera?». La parte más dolorosa de toda esta experiencia, para los padres, es que no hay idioma en el que puedan explicar por qué han hecho esto. El pequeño niño no puede entender todavía, que en realidad se trata de un acto amoroso, con el fin de protegerlo del dolor más grave que causan la difteria, la tos ferina, el tétano, la hepatitis o la meningitis. Tal vez en diez o quince años entiendan; pero ¡no el día que se les pone la inyección! Me pregunto si nuestro Padre

celestial no mirará esta pequeña escena y nos susurrará bajo su aliento: «Ahora ya sabes cómo me siento por las cosas que te lastiman, hijo mío». No hay idioma humano, en el que se puedan comunicar apropiadamente Sus propósitos; y algún tiempo tendrá que transcurrir para que se puedan entender completamente.

El dolor, entonces, puede tener varias explicaciones. A veces es malo; a veces es trágico; a veces es fatal. Algunas veces, no obstante, es la amorosa disciplina de nuestro Dios, el cual —con lágrimas en Sus propios ojos— hunde una aguja en nuestras almas, sabiendo que aunque no lo entendamos hoy, ¡algún día entenderemos que ello fue hecho para nuestra salvación! Confiados en lo anterior, podemos decir junto con el apóstol que tanto supo de dolor en su vida: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8.18). ■

©Copyright 2001, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados